

# 1

Susan Sullivan estaba a punto de conocer a la persona que más temía.

Un paseo, sí, un paseo le vendría bien. Fuera, a la luz del día, lejos de la asfixia de su casa, lejos de sus propios pensamientos deprimentes. Cogió los auriculares de su iPod, se puso un gorro negro de lana, se abrochó el abrigo marrón de lana y salió a la nieve.

Le daba vueltas la cabeza. ¿A quién quería engañar? No era capaz de distraerse ni de escapar de la pesadilla de su pasado, que la atrapaba a cada minuto del día; la invadía de noche como un murciélago negro y veloz, y la hacía enfermar. Había intentado establecer contacto con una detective en la comisaría de la Garda de Ragmullin, pero no había recibido respuesta. Habría sido su salvación. Ella quería saber la verdad más que nada en el mundo, así que cuando agotó todos los canales habituales, decidió ir por su cuenta: quizá le ayudaría a liberarse de sus demonios. Tiritó y aceleró el paso, aunque patinaba y resbalaba. Ya no le importaba; tenía que saber la verdad. Ya era hora.

Avanzó por la ciudad con la cabeza ligeramente inclinada hacia la brisa, lo más rápido que las aceras congeladas le permitían. Dirigió la vista hacia los capiteles de la catedral mientras accedía a ella por las puertas de hierro y se santiguaba. Habían lanzado puñados de sal en los escalones, que quedó triturada bajo sus botas. La nieve disminuyó y un sol bajo de invierno comenzó a resplandecer tras las oscuras nubes. Abrió la gran puerta, pisó el tapete de goma con los pies adormecidos y, mientras el eco de la puerta al cerrarse enmudecía, avanzó hacia el silencio.

Se quitó los auriculares y los dejó colgando sobre sus hombros. A pesar de haber caminado media hora, seguía conge-

da: el viento de levante había calado bajo las capas de ropa y su escasa grasa corporal no podía proteger los huesos de una mujer de cincuenta y un años. Al frotarse la cara, se pasó el dedo por sus ojos hundidos y se limpió el agua que caía de ellos. Intentó volver a concentrarse en la penumbra. Las velas en el altar lateral iluminaban las sombras a lo largo de las paredes de mosaico. Una luz tenue entraba por las vidrieras que había sobre las imágenes de las estaciones del Vía Crucis mientras Susan avanzaba lentamente por la neblina color sepia e inhalaba el aroma a incienso del aire.

Con la cabeza inclinada, avanzó de manera furtiva hacia la primera fila, hasta dar con el reclinatorio. Se volvió a santiguar, preguntándose cómo podía sentir un atisbo de religiosidad después de todo lo que había hecho, de todo por lo que había pasado. Sintióse sola en el silencio, pensaba en lo irónico que era que él hubiese sugerido la catedral como punto de encuentro. Ella había aceptado porque creía que a esa hora del día estaría llena de gente, que estaría segura. Pero estaba vacía, el clima había mantenido alejada a la gente.

Una puerta se abrió y se cerró, y un silbido de viento llegó a la nave central. Susan sabía que era él. El miedo la paralizó: no podía mirar a su alrededor. En su lugar, se quedó mirando fijamente la vela sobre el tabernáculo mientras se derretía.

Resonaban pasos lentos y constantes por el pasillo. El banco que estaba tras ella chirrió cuando él se arrodilló. Susan sintió una nube de aire frío a su alrededor y el olor distintivo del hombre mezclado con el incienso. Se levantó del reclinatorio y se sentó en el banco. Únicamente oía su respiración: jadeos cortos e intensos. Notaba su presencia sin que la hubiera tocado. Enseguida supo que aquello era un error: él no estaba allí para responder a sus preguntas, no iba a ofrecerle la verdad que tanto ansiaba.

—Tendrías que haberte centrado en tus propios asuntos —susurró con voz áspera.

No pudo contestar. Se le aceleró la respiración, el corazón le latía con fuerza contra las costillas y le resonaba en los tímpanos. Apretó los puños, con los nudillos blancos sobre la fina piel. Quería correr y huir lejos, muy lejos, pero ya no le quedaba energía y sabía que había llegado su hora.

Tenía los ojos anegados en lágrimas cuando la mano del hombre le rodeó el cuello; los dedos envueltos en un guante trazaban una línea en su flácida carne. Ella levantó la mano para agarrar la suya, pero él la apartó con violencia. El hombre encontró el cable del iPod y ella sintió cómo lo retorció y lo enrollaba alrededor de su cuello. Percibió el olor de su loción para después del afeitado y, entonces, fue plenamente consciente de que iba a morir sin llegar a saber la verdad.

Se retorció en el duro banco de madera e intentaba alejarse, tirando de los dedos enguantados con agresividad, pero solo conseguía tensar más el cable contra su piel. Desesperada, intentaba coger aire, pero no podía. Un líquido caliente le quemaba entre las piernas: se había orinado encima. Él tensó más el cable. Debilitada, dejó caer los brazos. Él era demasiado fuerte.

Mientras su vida se desvanecía debido a la opresión, en cierto modo prefirió el dolor físico a los tormentosos años de sufrimiento mental. La oscuridad la envolvió y apagó la llama de la vela mientras él tensaba el cable una y otra vez. El cuerpo de Susan se debilitaba y todo el miedo desaparecía de su ser.

En aquellos últimos momentos de tormento, permitió a las sombras que la llevaran a un lugar de luz y comodidad, a una paz que nunca había disfrutado durante su vida. Pequeñas estrellas brillaron en sus ojos instantes antes de que la oscuridad cubriera de golpe su cuerpo moribundo.

\* \* \*

Las campanas de la catedral repicaron doce veces. El hombre soltó el cable y dejó caer el cuerpo al suelo.

Otra ráfaga de aire frío entró por la nave central mientras él se iba rápidamente y en silencio.